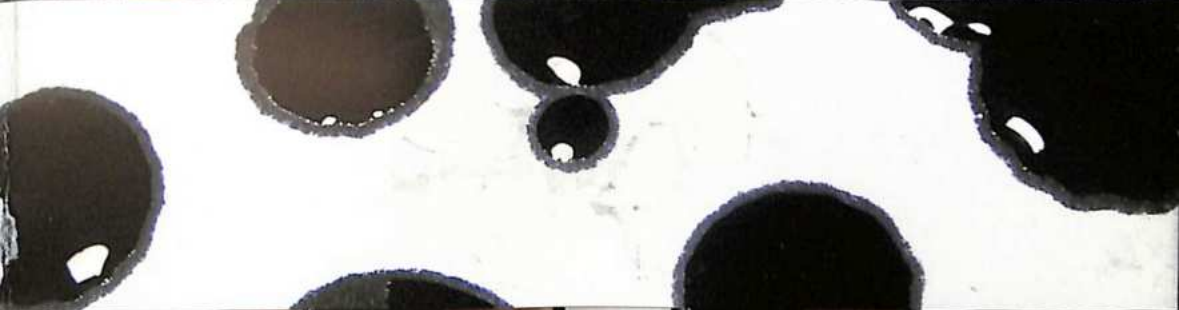




na **h**enriquez **P**edro
Ureña **H**enri
riquez **P**edro **U**re
ña **H**enriquez
z **P**edro **U**reña **H**
enriquez **P**edro
z **U**reña **H**enrique





Pedro Henríquez Ureña

Versos

Edición y prólogo de Néstor E. Rodríguez

Título Original:

Versos

Autor:

Pedro Henríquez Ureña

Edición y prólogo:

Néstor E. Rodríguez

Portada, diseño y diagramación:

Lic. Cristina Báez para Editorial UNIBE.

EDITORIAL | UNIBE

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, fotografiada, fotocopiada, grabada, publicada o distribuida, en cualquier formato o medio, sea electrónico, mecánico u otros, sin previo consentimiento del editor o de Editorial UNIBE.

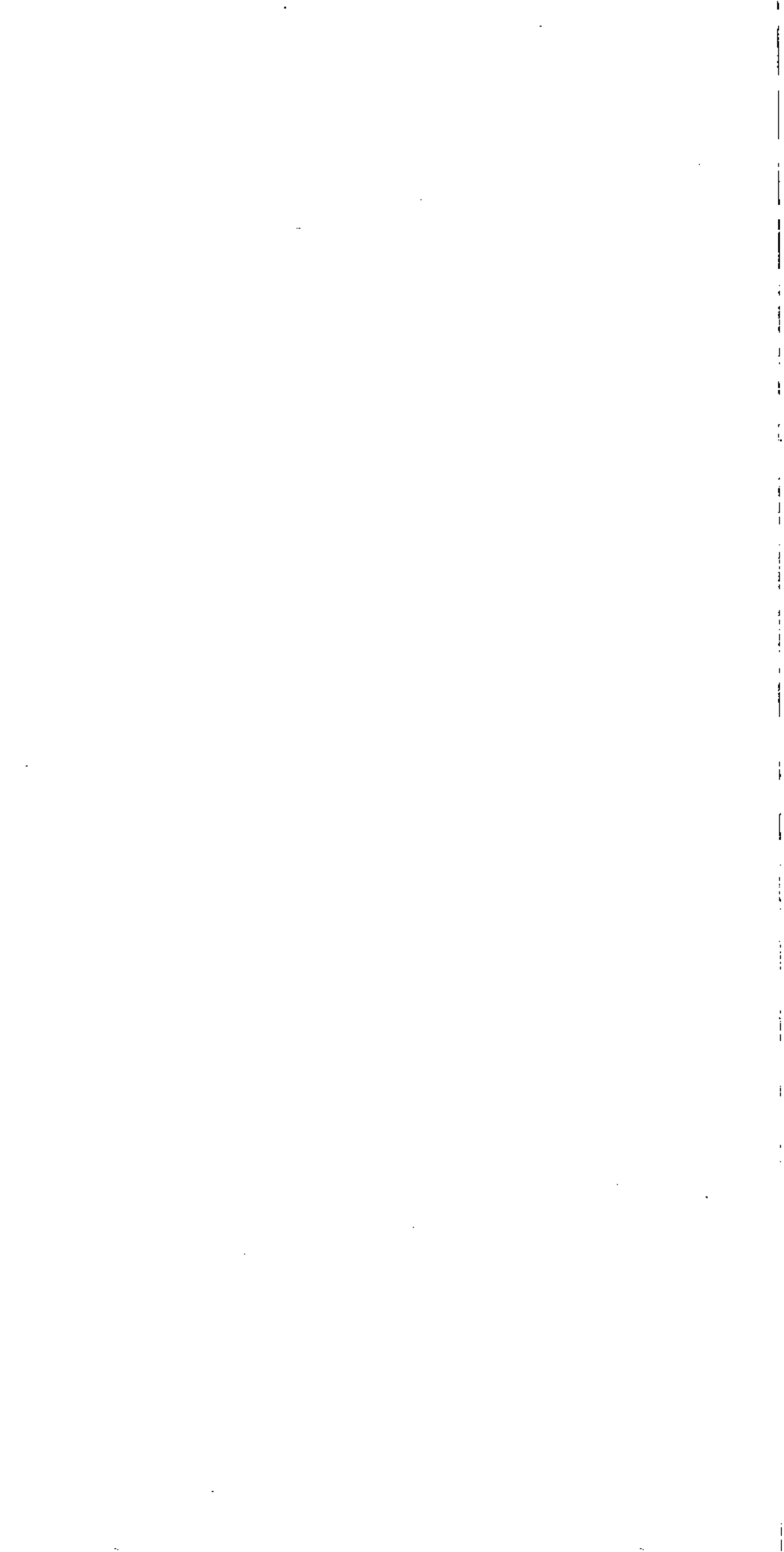
Impreso por Amigo del Hogar.

Santo Domingo, R.D. Julio 2008.

Pedro Henríquez Ureña

Verses

Edición y prólogo de Néstor E. Rodríguez



Índice

Prólogo

Biografía de Pedro Henríquez Ureña

I. Balbuceos

A Josefa A. Perdomo
A Colón
Tristezas
Entre niños
A Cuba
Incendiada. Pequeño poema
El autor del primer himno

II. Del cercado ajeno

La mariposa, de P. Bunyegas
Ici-bas, de S. Prud'homme
El mundo de las almas, de S. Prud'homme
El ideal, de S. Prud'homme
Fiez-vous, de O. Durand
La belleza, de C. Baudelaire

III. Leyenda indígena

IV. Pesimismo

Mariposas negras
Rima negra
En la cumbre
Íntima
Ante el mar

V. Modernismos otoñales

Otoñal
Flores de otoño
Ensueño
Frente a las Palisades del Hudson

VI. Galantes

Tropical
En el álbum de la Srta. Aida Pujols
Postales
Rebeca
Todo lo que pasa es bello
Escorzas

Biografía de Néstor E. Rodríguez



Prólogo

La trayectoria intelectual de Pedro Henríquez Ureña (1884-1946) comprendió etapas diversas que lo llevaron a ejercitarse en registros tan heterogéneos como la creación literaria, el periodismo cultural, la crítica operística y el ensayo. A pesar de esta palmaria variedad, una parte significativa de su obra permanece desatendida. De los múltiples géneros que practicó "el gran artifice del concepto moderno de *cultura hispanoamericana*", al decir de Arcadio Díaz Quiñones, la poesía es quizás el que menos atención ha recibido por parte de la crítica especializada.

El presente volumen se basa en un cuaderno de poemas y traducciones copiado y organizado bajo el título de *Versos (1894-1905)* por quien Jorge Luis Borges llamara "maestro de América". El manuscrito estuvo en manos de Sonia Henríquez de Hlito hasta septiembre de 2006, cuando el archivo personal de Pedro Henríquez Ureña pasó a manos del Colegio de México. Gracias a la mediación de Rafael Olea Franco, del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de la mencionada institución, y del embajador dominicano, Pablo Mariñez, obtuve el permiso para examinar esos papeles. En mayo de 2007, Citlalítl Nares, directora del Archivo Histórico del Colegio de México, cortó los sellos diplomáticos de tres cajas procedentes de Argentina para permitirme hurgar entre cientos de cartas, telegramas, facturas, notas, recortes de prensa y manuscritos, entre ellos dos libros inéditos: *México o el hermano definidor* y la colección de poemas que la Universidad Iberoamericana, a instancias de Pedro Cabiya, ha tenido a bien publicar.

Tres años después de la muerte de Pedro Henríquez Ureña, Emilio Rodríguez Demorizi recoge bajo el título de *Poesías Juveniles* una serie de poemas publicados por quien fuera su maestro y amigo en revistas y periódicos de Santo Domingo (*Nuevas Páginas, Letras y Ciencias, El Ideal, Listín Diario, La Cuna de América*) y en *Cuba Literaria*, la revista fundada por Max Henríquez Ureña en Santiago de Cuba; también incluyó en la compilación dos inéditos ("En memoria del decano de la poesía patria" y "Máximo Gómez") e "Imitación D'Annunziana", recogido en *Cortesía* (1948) de Alfonso Reyes. El volumen *Poesías Juveniles*, publicado en Bogotá por Ediciones Espiral, cuenta con un florido prólogo de Rodríguez Demorizi bajo el título de "Ofrenda", en el cual el compilador alude al poco interés que Henríquez Ureña tuvo por dar a conocer sus composiciones poéticas de juventud: "Hogaríá advertir que Pedro Henríquez Ureña dejó dispersas y en el olvido estas *Poesías Juveniles*, desviadas por otros rumbos sus aficiones literarias de la mocedad". El hallazgo del cuaderno de poemas de Henríquez Ureña, ordenado de su puño y letra, echa por el suelo la teoría del supuesto olvido de esas composiciones tempranas. Es claro que el maestro tuvo intenciones de publicar toda su poesía, incluso textos tan precoces como "Mimisintinca" (1894), no incluido en el manuscrito pero mencionado por su autor en una nota manuscrita junto a otros cuatro poemas de 1896: "Beyita", "Mamá Reina", "La noche y el mar" y "Ana Osorio". En el índice con que Pedro Henríquez Ureña principia su recopilación estos poemas aparecen bajo el rubro de "Juegos infantiles".

Si hubiera que recurrir a las etiquetas histórico-culturales para ubicar la producción poética de Henríquez Ureña habría que hablar de la obvia deuda con la poesía francesa del siglo XIX, especialmente la corriente parnasiana, pero también con el decadentismo, que viene a constituir la antítesis del ideal de

armonía clásica de la tendencia que siguieron Leconte de Lisle y el primer Verlaine. Esta patente fusión de elementos procedentes de las diversas corrientes poéticas que gravitaban en la época es lo que permite identificar en la poesía de Henríquez Ureña elementos congruentes con el ideal estético del modernismo hispanoamericano.

En el proceso de edición me he limitado a modernizar la ortografía y subsanar algunos errores de transcripción en el original. El índice del volumen respeta la disposición en seis secciones en la que se organizan los textos en el cuaderno, no el índice preparado por Henríquez Ureña. La razón de esta enmienda es que el autor incluye en su lista poemas posteriores a 1905 que no aparecen en el manuscrito de *Versos*; estos son: "D'Annunziano", "El pinar" (1907); "A un vencido", "A un poeta muerto" (1909), "¡Esplendor!" (1911) y "El niño" (1916), así como las traducciones de Gabriele D'Annunzio ("La Nave", 1909), Edna Millay ("Cenizas de vida", 1915) y del poeta canadiense Bliss Carman ("Danza de los rayos del sol", 1915).

Néstor E. Rodríguez

Pedro Henríquez Ureña

Nació en Santo Domingo en 1884. Hijo de la insigne poeta Salomé Ureña y de Francisco Henríquez y Carvajal, presidente de la República Dominicana por un breve período hasta que fuera depuesto por las tropas estadounidenses en noviembre de 1916.

Henríquez Ureña se codeó con lo más granado de la intelectualidad latinoamericana y española de su tiempo. Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges, Pablo Neruda, Victoria Ocampo, Dámaso Alonso, Ramón Menéndez Pidal, Dario Cossío Villegas y Joaquín García Monge, entre muchos otros, testimonian el calibre de su pensamiento en el campo del hispanismo y la historia cultural latinoamericana del siglo veinte. Autor prolífico, publicó su primer libro en Cuba en 1905: *Ensayos críticos*. A este volumen le siguieron más de una veintena de obras publicadas en vida, entre ellas: *Horas de estudio* (1905), *El nacimiento de Dionisos* (1916), *En la orilla. Mi España* (1922), *La utopía de América* (1925), *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928) y *Literary Currents in Hispanic America* (1945), publicado por la Universidad de Harvard y, en 1949, por el Fondo de Cultura Económica en versión de Joaquín Díez Canedo.

Vivió en México dos intensos períodos: 1906-1913 y 1916-1924, en donde afincó su nombradía intelectual. En ese país contrajo nupcias con Isabel Lombardo Toledano, con quien procrearía dos hijas: Natacha y Sonia. En 1924 se traslada a la Argentina, en donde se vincularía al equipo editorial de la revista Sur y ayudaría en la fundación de la Editorial Losada. Murió en Buenos Aires en 1946.

I
Baluceos

Baluceos



A Josefa A. Perdomo
En su muerte

¡Duerme, poetisa! Pues que aquí en el suelo
solo llanto y dolores encontrabas,
y "mi única esperanza está en el cielo",
¡ay! en tu lira armónica cantabas,

mejor era volar a esas regiones
donde todo es esplendor, luz, armonía,
donde puedes elevar dulces canciones,
donde de la Eternidad ves la luz fría.

¡Duerme! Que tu memoria aquí te evoca,
que tus cánticos dulces recordamos.
¡Duerme! Que no seremos cual la roca.
Tus virtudes felices veneramos.

Cabo Haitiano, Haití, Agosto de 1896.



A Colón

(En el 404 aniversario del descubrimiento de América)

*¡Ay del piloto! La airada turba
con fiero amago blande el puñal,
preso al piloto nada conturba
fijo en la imaginación de su ideal.*

Salomé Ureña de Henríquez

¿Qué resta de las grandes,
las gloriosas naciones del pasado?
Y su arte, qué gigante
bajo todas sus formas, fue admirado
por las épocas todas ¿dónde ha huido?
Su esplendor y su gloria han perecido.

Todo pasa. Mas ¡ah! que aquellas obras
que en su inmortal anhelo
dan genios inmortales a la historia,
eternas vivirán en la memoria
mientras vuela su alma al alto cielo.

Así Colón. Heroico, despreciando
la inconstante fortuna,
vagaba entre las sombras, mendigando
de avaros reyes a su empresa ayuda.
Mas al fin, tras la noche de la duda,
Isabel aparece en su camino;
y puede ya lanzarse al océano
para cumplir su divinal destino.

Y por el mar avanzan;
pero cansada al fin de ver los días
uno tras otro transcurrir, la turba
se rebela. Mas ¡ah! nada conturba
aquella alma tranquila, y le responde:
“Esperad a que el sol se hunda de nuevo”.
Y se hunde el sol, i tras el mar se esconde.

Colón, en cruel desvelo
pasa la noche, y cuando ya la aurora
a alumbrar viene el mar, cual luz del cielo
mira surgir la tierra salvadora!

Puerto Plata, República Dominicana, octubre 1896.



Tristezas

(A la memoria de mis muertas)

Muere la tarde. Tras el verde monte
se oculta el Sol; sus moribundos rayos
en el espacio aún la luz difunden.
Presto la noche tenderá su manto,
 dará su tenue claridad la Luna,
brillarán las estrellas, ... y yo en tanto
tan solo tengo el pensamiento fijo
en mi hermosa visión, la tierra que amo.

Ausente estoy de mi ciudad bendita,
 solo en ella pensando
bajo estos lares. Mis suspiros todos
hacia ella van desde este suelo extraño.
Y empiezan a cruzar por mi agitada
 mente, en febril engaño,
los mil recuerdos del hogar nativo
donde los restos de mis muertas guardo.

¡Oh mis muertas queridas! La primera:
la que en mi ausencia triste – ¡ya hace un año! –
 se marchó para siempre.

¡Al volver luego de mi viaje aciago
 hallé el hogar vacío
que había la buena anciana abandonado!

¡Ay! Yo quise regar de acerbos lágrimas
su venerable tumba, y con mi llanto
 pude sobre esta tierra
que sus pobres despojos ha encerrado
sembrar algunos bienolientes lirios
y colocar la cruz que abre sus brazos
 piadosa y solitaria
sobre el lugar de su memoria guardo.

¿Y tan solo eso fue? No, que más tarde
otro nuevo dolor hirió las fibras
de mi más acendrado sentimiento,
y moriste ¡moriste! madre mía!

Yo no lo sé explicar, pero yo siento
 dentro de mi alma tibia
dolor extraño al repetir tal frase,
me parece escuchar una mentira;

torno a reflexionar, y al fin comprendo
la horrible realidad, y en mi agonía
las lágrimas se agolpan en mis ojos
y surcan a millares mis mejillas.

Vivo en eso pensando. Y a la hora
en la cual el silencio nos convida
a la meditación, aquella idea
viene y trastorna y mi cerebro agita,
sostengo en mi interior terribles luchas,
mi corazón con inquietud palpita,
y al fin cansados de llorar mis ojos
se rinden al dolor y la fatiga.

Todo lo veo en sueños como era;
recuerdo la hora de dolor sombría
en la cual ¡yo no sé lo que sintiera!
y tu imagen ¡oh madre! miro pía.
Todo así por mí pasa y me tortura
y quisiera morir porque algún día
pudiese contemplar tu alma figura
y escuchar tus palabras ¡madre mía!

¡Bien hiciste en morir en esas horas!
En esas, y otras no! Podido hubieran
en tu vida lucir nuevas auroras
y tus fuerzas heridas sucumbieran.
Heridas, sí, por un dolor agudo.
¡Ay! que aquella que amaste como hija
a buscar tu regazo, huyendo al ruido,
frío de helada región, la mente fija
en su tierra natal, ya regresaba;
y ¡oh dolor! en mitad del oceano
furiosa tempestad se desataba
y el bajel zozobró ¡tremendo arcano!

Aún quedamos nosotros en la vida
para llorar a nuestra amada hermana.
¡Oh muertas de mi amor, madre querida!
¡Reposad en la tumba! Hasta mañana!

Cabo Haitiano, Haití, septiembre 1897.



Entre niños
(Sucedido)

En conversación ayer
Flérida a Carlos decía:
Cuando un año yo tenía
tú no soñabas nacer.
Pero si yo no dormía.

Cabo Haitiano, Haití, octubre 1897.



A Cuba

(En la muerte de Francisco Gonzalo Marín)

Virgen americana, mártir bella,
triste Cuba infeliz, jardín de flores,
tu luminosa solitaria estrella
iluminando va sangre y horrores.

En pos de libertad audaz te lanzas,
perla brillante de la indiana zona,
y en la contienda la victoria alcanzas;
mas ciñes del martirio la corona.

Ostentas en la frente inmaculada
la corona de espinas punzadoras,
y aunque para la lid estás armada,
para vencer, tus muertos hijos lloras.

Ante una tumba hoy con dolor te inclinas;
yace en ella un poeta y un patriota
que cruzó por tus llanos y colinas
luchando hasta exhalar su última nota.

Para cantar, de bronce fue su lira,
Y fue para lidiar viril su pluma;
siempre un grande ideal su mente inspira,
bellezas siempre su pincel esfuma.

A Borinquen cantó, su patrio suelo,
de Bolívar, de Washington, de Duarte
en las tierras se vio, mas fue un anhelo
tu independencia ¡oh Cuba, hija de Marte!

Y el romancero de la hercúlea lira,
el escritor de bullidora idea,
el periodista de la santa ira,
fue por tu libertad a la pelea.

¡Y hoy ya no existe! Al despertar ibero
combatiendo murió. Más tu poesía
¡cantor del Veintisiete de Febrero!
no morirá, no muere la armonía.

.....

¡Cuba, indómita antilla, tierra brava
Patria de Heredia, de Martí y Zenea
Rompe cadenas y no estés esclava
Gloria tu nombre el Nuevo Mundo sea!

¡Y mientras a la lucha te apercibes
y marchas decidida a la victoria,
llora a ese muerto, cuyo amor recibes,
y vuela luego a conquistar la gloria!

Cabo Haitiano, Haití, octubre 1897.

Concordancia

¿Por qué los pueblos que aherrojó el tirano
también no aprenden a morir de rabia?

Francisco Gonzalo Marín, *El ruiseñor*.



¡Incendiada!

En la plácida aldea,
punto invisible en el abierto valle,
la casita azulada es el detalle
que más la vista al viajador recrea.

En su frente, de azul engalanado,
resalta como en mar la nivea espuma,
de las puertas el blanco nacarado;
y la tornan extraña y peregrina
los adornos moriscos y persianos,
como vela de bruma,
de finas alambreras el cercado,
y el jardín ¡qué jardín! "Ni en la vecina
cultiva ciudad hay otro de su grado",
dicen a única voz los aldeanos.

Allí florecen lirios y azucenas,
esplende la gardenia delicada,
se yergue la corola oriflamada
de la caña de la India; de miel llenas
se abren las rosas que la brisa mece;
el olor de jazmines adormece;
de arbusto generoso
fantásticas orquídeas beben vida,
y enrédanse en las ramas, amorosa
el convólvulo oculto, y sonreída
la blanca estefanotis florecida.

Pero no es el jardín, no es el persiano
adorno, ni el color que cabrillea,
lo más bello en lo bello de la aldea:
la casita gentil, cual del milano
esconde a la paloma
su apacible morada,
encierra flor de virginal aroma
y de blanca corola inmaculada.

La niña que sin padre vio su aurora,
libre de afán, bajo maternas alas creció;
la juventud arrobadora
la ornó con todas sus radiantes galas;
y hoy, aunque no ha visto veinte mayos,
en medio de sus flores escondida,
es orgullo del pueblo donde anida.
¿Amará? ¡Quién lo sabe! Entre sus rayos
la envuelve sol de maternal ternura,
y ve correr su placentera vida
como de suave arroyo ninfa pura.

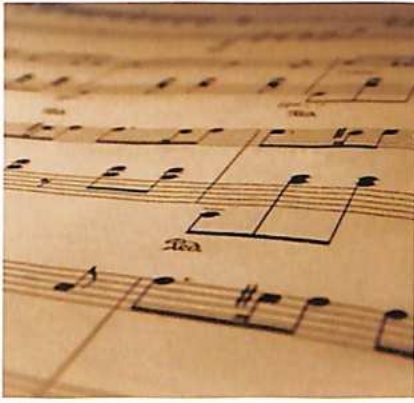
Mas ¿quién vaticinar puede mañana
y del futuro mal hallar la fuente?
¿Dónde nació la chispa incendiadora
que prende en la casita, y descolora
el azul que engalana,
destruye el arabesco y la persiana,
la pulida madera carboniza
y mustia tanta flor esplendorosa?

¿Qué será de la madre casi anciana
y la niña gentil en quien hechiza
la dulce juventud color de rosa?

¡Solo escombros y pálida ceniza
ilumina la luna misteriosa!

Santo Domingo, República Dominicana, marzo 1899.

Publicada en *Letras y Ciencias*, Santo Domingo.



Al autor del primer himno

(En memoria del decano de la poesía patria Félix María Del Monte)

Ayer, cuando el impulso de su anhelo
de Patria y Libertad glorioso y vivo,
la noble juventud dominicana
dio de separación el grito altivo,
cuando agrupada e inmortal baluarte
lanzó su reto al tiranismo haitiano,
de uno de aquellos inflamados pechos
brotó el himno de guerra quisqueyano
a cuyo acento bélico al combate
la falange voló libertadora,
armada de valor y enardecida,
y volvió del combate vencedora!

*

Después aquel poeta, cuyo canto
fuera el himno vibrante de un Tirteo,
cantó la Patria: su tenaz memoria
en la ausencia, y el único deseo
que al desterrado alienta; cuando esclava
la vio vendida por traición impía
lloró su postración; y de su historia
sacó raudales de viril poesía.

*

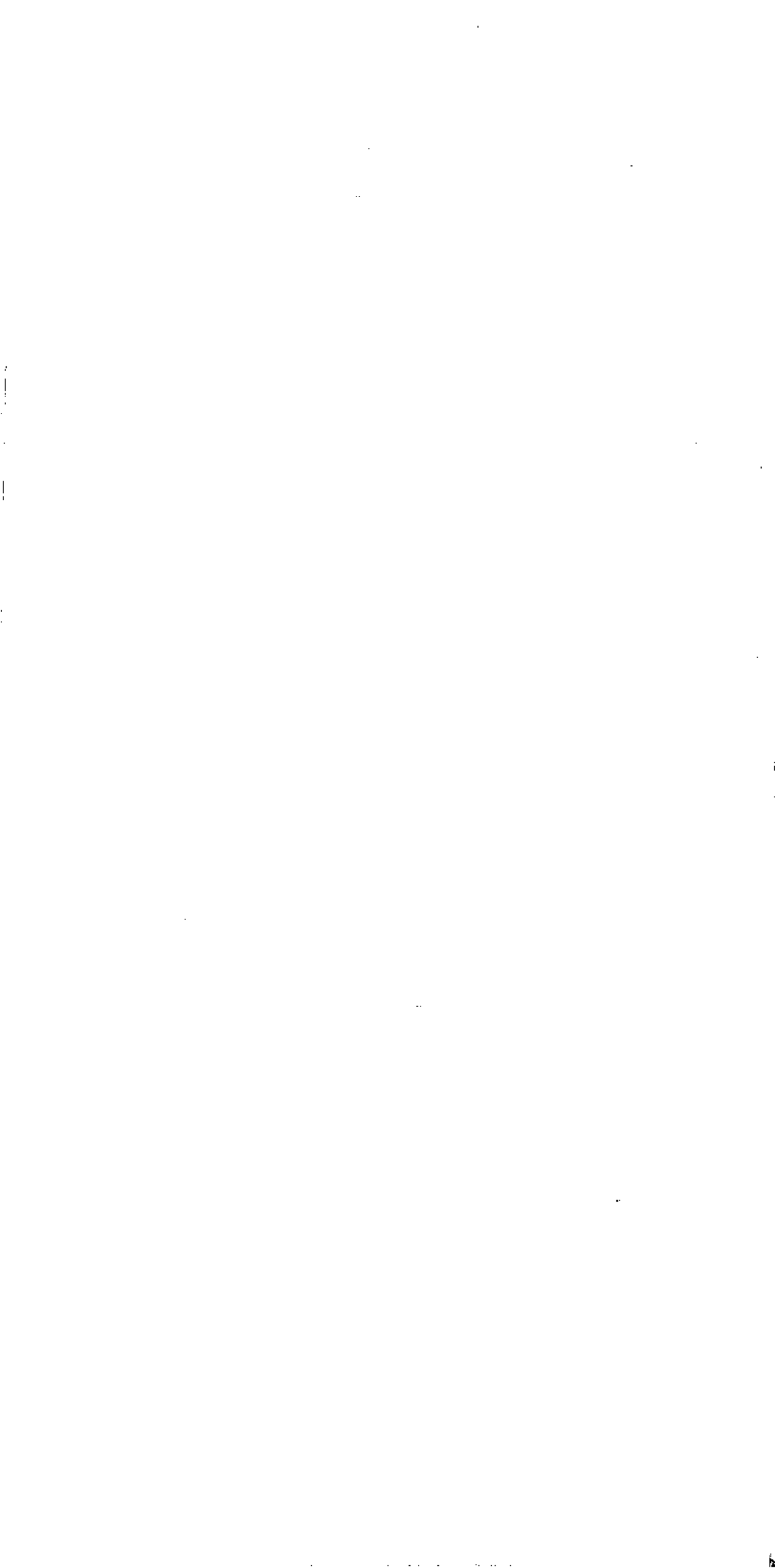
Hoy desciende a la tumba el vate anciano
que en su himno lanzara a la victoria
las guerreras legiones quisqueyanas.
Mas guardará la Patria su memoria!

Santo Domingo, mayo 1899.

Concordanzia

Sepa el mundo que a nombres odiosos
acreedores jamás nos hicimos
y que siempre que gloria quisimos
nuestro carro la gloria arrastró.

Félix María Del Monte, "Himno", 27 de febrero de 1844.



II
Del cercado ajeno



La mariposa
(del catalán Pau Bunyegas)
Traducida por Camila.

Valiente soy -la mariposa dice-
en el peligro poso,
y que él me da, parece,
más vida y alas más, pues en él gozo.

De roja luz la peligrosa llama
la ocasión le presenta
de sentirse gozosa,
y de valiente así la plaza sienta.

Vueltas y vueltas da a la llama en torno,
del peligro prendada,
y al cabo de un instante
cae al pie de la luz, muerta, quemada.

Santo Domingo, marzo 1897.

**Ici-bas**

(Del francés Sully Prudhomme)

Según abajo las lilas todas mueren,
los cantos de las aves cortos son;
yo con estíos que perduran siempre
soñando voy.

Aquí a bajo los labios todos queman,
mas no dejan sentir su suavidad;
y yo sueño con besos que no sean
cruelles jamás.

Aquí abajo los hombres todos lloran
sus perdidos amores y amistad;
yo sueño con amantes que se adoran
eternamente con pasión igual!

Cabo Haitiano, Haití, octubre 1897.

Publicado en *Letras y Ciencias*, Santo Domingo.
Reproducido en *El Imparcial*, Mayagüez.



El mundo de las almas

(Del francés Sully Prudhomme)

Newton al ver caer una manzana,
 las leyes concibió de la materia.
 ¿Cuándo un Newton habrá para las almas
 que descubra sus leyes y sus reglas?

Como en el infinito azul existe
 un centro donde equilibránse los pesos,
 así todas las almas de los hombres
 van buscando su Dios, su único centro.

Y así como atrayéndose voltean
 las ardientes esferas inflamadas,
 su himno eterno entonando armonioso
 hace Amor gravitar todas las almas.

Pero el beso no ha sido permitido
 a las esferas que el espacio pueblan,
 en tanto que los labios y los ojos
 siempre podrán unir almas gemelas.

¿Quién podrá regular la poderosa
 atracción que gobierna ese universo?
 ¡Newton del alma humana, presto surge!
 ¡Todos los cielos te serán abiertos!

Cabo Haitiano, Haití, agosto 1899.



El ideal

(Del francés Sully Prudhomme)

Claro y lleno de astros está el cielo
y en el zenit la luna brilla entera.
En el aire del mundo flota el alma.
Yo pienso en tanto en la suprema estrella,

la que nadie jamás ha divisado,
mas cuya lumbre, celestial viajera,
habrá de descender hasta este mundo
a encantar las edades venideras.

Cuando veáis lucir esa alba estrella,
esa, la más hermosa y más lejana,
decidle que ella fue mi amor, mi sueño,
¡oh los postreros de la raza humana!

Cabo Haitiano, Haití, agosto 1899.



Fiez-vous

(Del poeta haitiano Oswald Durand)

Traducción imitada en el corte de los versos franceses.

Confiad en la mordida
de sierpe en los blancos dientes
del león; en la zarpada
del tigre de ojos ardientes;
confiad en la onda amarga;
en la mujer misma, más
pérfida -¡la vanidosa!-
que los reflejos del mar;
¡oh! confiad en la fiebre
amarilla, que traidora
mata al posar en el labio
si caricia abrasadora;
en la peste, aún cuando nadie
espera de ella piedad;
en el toque de agonía
y jamás en la amistad!

Santo Domingo, República Dominicana, octubre 1900.

Publicado en *Nuevas Páginas*, Santo Domingo.



La belleza

(Paráfrasis de un soneto de Charles Baudelaire)

Para Andrejulio R. Aibar

Cual soñada escultura soy hermosa;
mi seno vencedor, que ahoga y mata,
enciende en el poeta amor eterno
y mudo cual el mármol de la estatua.

Mi reino es el azul; soy una esfinge
de helado corazón, cual cisne blanca;
odio el gesto que rompe la armonía;
mi paz ni el llanto ni la risa exaltan.

Ante mis soberanas actitudes,
imperativos, de desdén supremo,
consumirán su vida los poetas
esclavos del poder de dos espejos
en que solo refléjase lo hermoso:
mis grandes ojos de fulgor eterno!

Santo Domingo, República Dominicana, enero 1901.

Publicado en *Nuevas Páginas*, Santo Domingo.

III
Leyenda indígena

*Leyenda
indígena*



El diluvio

(Tradición de la isla de Haití)

I.

Haití, vasta región, de cuyas grutas
salieron en cohortes las estrellas,
Nonúm y Elím, para poblar el cielo,
y los humanos a poblar la tierra,
fue patria de un cacique poderoso
a quien todos sus súbditos respetan.

Feliz vivía en medio de su tribu,
entregada a las rústicas faenas;
no les faltaba su sustento diario,
ni fatal inquietud turbó sus fiestas,
ni el buitío jamás profetizaba
al cacique o al pueblo suerte adversa.
Pero así como nubes repentinas
del cielo oculta la brillante hoguera,
así turbó de pronto la desgracia
la dulce placidez de su existencia.

Sólo en su amada esposa un hijo tiene,
que es de los padres la esperanza bella;
pero ruin ambición el pecho enciende
del hijo amado, que pensó en la guerra
cual medio de usurpar el poderío
que el cacique su padre allí ejerciera.

Más la conspiración supo el monarca,
y, como después Bruto en Roma egregia,
la muerte dio a su hijo, a quien amaba,
mas que nunca a la Patria preferiera.

Y según la costumbre de la tribu,
cuando su tumba solitaria y tétrica
alumbrió muchas veces clara luna,
el cacique ordenó que fuese abierta;
y luego recogieron y guardaron
dentro la calabaza de una higuera
los huesos de aquel hijo, mientras su alma
expiaba en Coiba sus culpas negras.

II.

Años después, un día los esposos
la rara urna funeraria abrieron
que del hijo guardaba los despojos,
y causoles al par sorpresa y miedo
ver que de la redonda calabaza
salieron peces grandes y pequeños,
voladores y hermosos cual los cría
nuestro salado mar crugiente y bello.

Cerraron los esposos con presteza
la urna y colocáronla en el techo
de su palacio indígena, el bohío
mayor entre los muchos de aquel pueblo.

Pero el cacique entonces -¡puede tanto
la vanidad en los humanos pechos!
dijole a sus amigos que tenía
encerrado en la urna un gran océano
y que era rey de los cerúleos mares
que mandaba y regía a su deseo.

Nadie tocar osó la calabaza,
del [...] * la cólera temiendo;
pero una vez, cuando se hallaba ausente
subieron del bohío sobre el techo
cuatro hermanos mellizos y curiosos
y la urna con valor cogieron.
Más ¡oh descuidos de la humana especie
aún en el triunfo ansiado y placentero!
La urna escapóse a aquél que la llevaba
y en mil pedazos se partió en el suelo.

III.

¡La Atlántida se hundió! De la urna rota
salió un torrente bullidor bramando
poblado en peces, que inundó las tierras,
corrió por las praderas y los llanos,
y dejando tan solo descubiertas
las verdes cumbres de los montes altos,
formó el mar que rodea el Nuevo Mundo
y formó el archipiélago antillano.

Santo Domingo, agosto 1898.



IV
Pesimismo

Pesimismo



Mariposas negras

(Reminiscencias de "Las Mariposas Negras" de Schumann)

*In me misero fan tumulto forte
gli interni sogni, e con dolor novello
dell'un vago desio l'altro risorge.*

Gabriele D'Annunzio

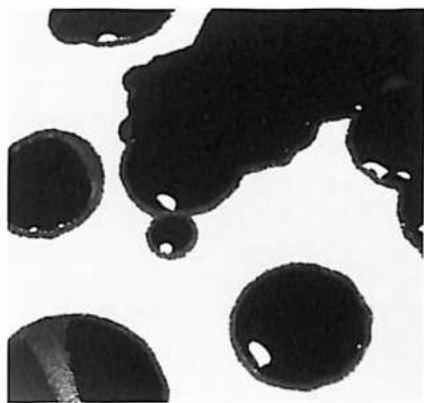
Cual esas tristes notas doloridas,
tal son mis pensamientos,
mariposas nocturnas
que se ajitan con lúgubre aleteo
en la prisión oscura de mi espíritu.
Es allí donde rije el sentimiento,
náufrago de la vida,
el insaciable anhelo
entre sus ligaduras se debate
en infructuoso empeño,
se alza tenaz el indomable orgullo,
vibra sus rudos yambos el despecho,
i extiende el desengaño
enemiga de luz su ala de cuervo.

Mariposas sombrías de la noche,
vagan los pensamientos
en la cárcel oscura en que se ajitan
esos torvos, vencidos prisioneros
que guarda i atormenta,
implacable, el recuerdo.

¡Oh notas doloridas!
¡Oh tristes pensamientos!
Cesad, cesad, no sea, mariposas,
vuestro pausado i rítmico aleteo
quien despierte en su cárcel
a los pálidos, torvos prisioneros.

Nueva York, octubre 1901.

Publicado en *Cuna de América*, Santo Domingo.
El Fígaro, La Habana.



Rima negra

Vosotros, los dichosos en el mundo,
 que la vista no alzáis de lo terreno,
 si nunca habéis sufrido esos dolores
 que Dante conoció -los de su infierno-;
 si nunca habéis sentido ansias inmensas
 atados al peñón de Prometeo,
 si nunca habéis lanzado, solitarios,
 cual los de Job desgarrador lamento,
 callad! Compadeced las almas tristes,
 las que sofocan su inmortal deseo,
 las acosadas por visiones grandes,
 las que padecen sin igual tormento!

No hiráis con vuestra risa despiadada
 esas almas ansiosas de lo eterno.
 No hiráis, que sus visiones son grandiosas
 y acaso en sus visiones flota el genio;
 no hiráis, que ellas padecen cruel martirio
 y nadie habrá sentido su tormento.

¡Ah! Si hubiéseis sentido esos dolores!
 ¡Ah! Si hubiéseis sentido esos deseos!
 Entonces sin piedad no destruiríais
 de esas almas altivas el ensueño;
 tal vez buscaríais dulce lenitivo
 que aplacara su mal [...] y acerbo.

¡Ese inmortal dolor, ese suplicio,
 no lo igualó jamás algún destierro,
 ninguna llaga, quemadora, horrible,
 ni imaginaria pena de un infierno,
 ni venganza de númenes aislados
 ni de bárbaros déspotas soberbios!

¡Mas sos vosotras! almas soñadoras
 que os sentís desterradas en el suelo,
 que al eterno ideal tendéis las alas
 y que las alas os deshace el cierzo,
 que amor y bien buscáis entre los hombres
 y os estrelláis en su egoísmo terco,

¡Huid la sociedad! Entre sus redes
 siéntese el triste corazón enfermo.
 ¡Huid! Huid! En el revuelto mundo
 faltan la luz y el aire a los deseos;
 no encuentra la verdad, la soberana,
 para libre brillar el campo extenso;

no tiene la justicia, la suprema,
su luminoso, inmarscesible templo,
ni difunde doquier sus armonías
el arte ensoñador, el arte excelso!

¡Huid la sociedad! O si en sus redes
queréis vivir en paz, guardad secreto
el anhelo divino que os consume,
vuestro dulce raudal de sentimiento,
porque la humana estupidez proscrib
el más hermoso luminar, el genio!

Santo Domingo, 1900.

*ilegible en el original



En la cumbre

A Mercedes Mota

Por encima del bien y del mal.
Nietzsche

Elsa que imploras con clamor ferviente
ante la muda inmensidad del cielo
y aún aguardas que acuda en tu defensa
el armado, invencible caballero.

¿Ves surgir en el pálido horizonte
dulce esperanza de solar destello
o se acerca fatídica y silente
la noche en que se apagan los luceros?

*

Como el árbol que roto y desolado
tenaz retoña y resistir intenta
contra el soplo letal de los inviernos
que el fuego vivo de la savia hielan,
el hombre en las batallas de la vida
arranca al seno de la madre tierra,
cuando le postra enfurecido embate.

Mas la débil mujer, la débil planta
que el leve soplo de la brisa quiebra
¿cómo podrá vivir cuando la azotan
las alas de dragón de la tormenta?

¿Cómo gallarda se alzaré, esparciendo
el casto aroma de su gracia excelsa,
si la mata el aliento ponzoñoso
de una egoísta sociedad enferma?

¡Si la sociedad que, envilecida,
no alza a reinar, hierática y suprema,
a la mujer, vestal incorruptible
que el templo augusto del hogar sustenta!

¡Si, si niega, sarcástica, homenaje
al genio, a la virtud, a la belleza,
-los únicos blasones de la raza
en que su fe del porvenir se alienta-
y pone en su camino, no las palmas,
ni glorioso laurel, no flor risueña,
sino el lodo de escarnios y calumnias

y el lazo infame de la envidia artera!

Son sus mismas indómitas pasiones
la llama que consume su existencia,
y la imperiosa mano del destino
a servidumbre o muerte la condena.

Almas que al bien y a la verdad dais culto
en una triste sociedad enferma,
haced de la altivez vuestra alma blanca
y portad como escudo la conciencia!

*

Elsa que imploras con clamor ferviente
ante la muda inmensidad del cielo,
y esperas que ilumine el horizonte
la argentina armadura del guerrero,
el cielo no responde; está vacío.
Pasó la edad del noble caballero.
Sea tu paladín en la batalla
el sol de tu radioso pensamiento!

Nueva York, agosto 1902.

Publicada en el *Listín Diario*, Santo Domingo.
Azul y rojo, Habana.
El civismo, Santiago.



Íntima

Desde el solar nativo
 -el nido de los pálidos recuerdos,
 la casa palpitante de memorias
 que viven y se agitan como espectros,-
 me llega tu palabra,
 henchida de miríficos consuelos,
 mensajera piadosa del terruño,
 hasta el extraño techo,-
 el techo que indolente me cobija,
 mudo y escueto,
 intacto por los fuegos de mis luchas,
 intacto por las alas del ensueño.

En la isla, en la lucha,
 cuál sangra el corazón, cuál llora el pecho!
 ¿Qué mucho que el postrado combatiente
 destierre el sentimiento,
 vulnerable talón que el dardo hiere,
 y haga del estoicismo su remedio?

En la vida, en la lucha,
 cuán temprano sentí, lloré cuán presto!
 Cuánto de penas sufre!
 Solitario me encuentro,
 sin patria, sin hogar, sin ilusiones,
 -todas volaron con volar ligero-;
 busco para las penas interiores
 las aguas del Leteo,
 y tiendo del espíritu las alas
 al país irreal de invicto ensueño.

Todo cuanto fue amores,
 luz de la edad y juveniles sueños,
 yace entre los escombros del pasado,
 apenas en las lindes del recuerdo.

Sobre esas ruinas la vista tiendo
 con muda indiferencia.
 No renace el extinto sentimiento
 cual si el ansia de dulces efusiones
 fuese muerta en el pecho.

El fatigado espíritu
 no se enciende en la llama del deseo,
 y contempla a través de las edades
 como un campo vastísimo de hielo.

¡Ah! que cuando resuena tu palabra
del letargo despierto,
y la nostalgia del amor antiguo
dentro del alma siento.

¡Oh tú, la soñadora, la constante!
¡Oh tú, sacerdotisa del ensueño!
¿No sientes, bajo el cielo de la Patria
del ruiseñor parlero
cual se ha trocado el himno de esperanzas
por la canción macábrica de un cuervo?
¿No sientes que las vivas ilusiones,
la vieja tradición, el dulce ensueño,
vuelan en el confuso torbellino
que azota el patrio suelo,
y hechos girones en la hoguera caen,
perecen de la patria en el incendio?

Que con tu fe radiante
que con tu amor perpetuo,
reconstruyes las muertas ilusiones
y guardas el altar de los recuerdos,
y en las frágiles notas de tus cartas
el alma envías del terruño entero!

En mi noche de amargo pesimismo
el instante aún espero
en que escuche, soñando,
tus palabras de nuevo
sobre las ruinas de la triste patria,
"sobre las ruinas del hogar deshecho"

New York, diciembre 1903.

Publicada en *La Cuna de América*, Santo Domingo.



Ante el mar

(Paráfrasis de un trozo de la oda "To the Sea"
de la poetisa norteamericana Amelie Rives)

Mi corazón, ¡oh mar! tiene olas,
 sus furores, sus calmas, sus tormentas,
 sus glaciales regiones desoladas
 donde la nieve immaculada impera,
 hondas grutas, pobladas de cantares
 falaces cual la voz de la sirena,
 naufragios espantosos, torreones
 de altos castillos, de blancura argéntea,
 que alzan la ilusión en sus delirios
 a ser mansiones de la dicha excelsa,
 y cambió el tiempo en tumbas resonantes
 donde yacen hoy las esperanzas muertas.
 Todo cual tú poseo; mas tu altivo
 desdén jocundo de la suerte fiera
 ¡oh perpetuo inconstante!
 ansiara yo imitar.

Ante tu altar de rocas implacables
 que enguirnalda la espuma iridiscente,
 mecido por el choque clamoroso
 de olas votivas mil, cuando Selene
 repose en la armadura de tu pecho
 la joya nacarada de tu frente,
 mientras avanzan cual radiante coro
 de vestales cantoras de rompientes,
 y la mística estrella de la tarde
 en el azul purísimo aparece,
 te ofrendaré mis muertas alegrías,
 mis tristezas profundas y perennes,
 mis sonrisas ya mustias en su aurora,
 mis ensueños que en nieblas desfallecen.
 Tú, escucha mi plegaria,
 ¡oh mar, soberbio mar!

La Habana, octubre 1904.



V
Modernismos otoñales

*Modernismos
otoñales*



Otoñal

The sky is gray with rain that will not fall.

Israel Langwill

En el cielo,
sobre el fondo gris y opaco,
brilla el sol lánguidamente, sin fulgores.
Y si lumbre desmayada, cual de pálido crepúsculo,
es oscuro polvo de oro.
Pardas nubes
en el cielo.

En la tierra
todo duerme, no hay latidos.
Ya no brota de su seno vaporoso
el aliento de la vida.
La quietud mortal futura presintiendo,
todo duerme
en la tierra.

En el viento
ya preludian los sollozos invernales,
los arpegios de las ráfagas
y las fugas tempestuosas.
Ya las alas del verano quemadoras no se agitan
en el viento.

En el bosque
surge el tono amarillento sobre el verde.
Desaparece de las flores el arcoíris espléndido.
Y las hojas en el suelo se amontonan,
en el aire arremolínanse.
Y los árboles presienten
de las nieves el callado beso frío.
Y dispérsanse las aves.
Los gorriones solos quedan
en el bosque.

Nueva York, octubre 1901.

Publicada en *El ideal*, Santo Domingo



Flores de otoño

Crisantemos,
 crisantemos como el oro,
 crisantemos cual la nieve,
 desplegad vuestras corolas,
 las corolas como el sol de mediodía,
 las corolas como el mármol inmortal.

¡Qué lucentes
 en el rico invernadero
 o tras los cristales límpidos,
 entre rosas como auroras,
 entre vívidos claveles como sangre,
 entre tímidas violetas como el mar!

¿Es que sueñan,
 en atávicos ensueños,
 en olímpicas nostalgias,
 con su país encantado,
 con su patria luminosa que no han visto,
 con Cipango, el lejanísimo Japón?

Desterradas,
 sólo nacen con las nieblas,
 sólo viven en otoño.
 Flor de oro, flor de nieve,
 ya ha pasado entre esplendores el estío,
 ya es la hora, desplegad vuestro botón!

Nueva York, octubre 1901.

Publicada en *El ideal*, Santo Domingo; *La vanguardia*, Pto. Plata.



Ensueño

*Slumber, spent Earth! and dream of flowers
till springtime bid you wake.*

Thomas Bailey Aldrich

Es regio palacio de sueños
el bosque.

Los árboles, tristes,
se rinden a suave letargo,
que el invierno llega
mecido en las ráfagas
de los tormentosos vientos boreales.

El regio palacio,
el bosque,
se adorna de varios matices,
de rojos purpúreos,
de sangrientos rojos,
de rojos que tienen fulgores de incendio,
de pálido rosa,
del más moribundo amarillo.
Y danle los pinos su verde,
su verde triunfante.

Cual lamento vago,
como lento amarillo,
de las hojas secas el caer se escucha.
¡Oh las hojas muertas,
oriental alfombra
del regio palacio de sueños!

Invierno ceñudo,
con gélido soplo deshace
el regio palacio de sueños,
levanta el palacio imperial de la muerte,
de alfombras muy blancas,
de escuetas columnas,
de cielos muy grises.

En tanto los árboles sueñan
Ensueños de vida, de savia brillante,
de ramas profusas,
de frescas o vívidas flores,
y de brisas cálidas,
de fecundo riego.
de aves amorosas, de cantos, de nidos!

Nueva York, diciembre 1901.

Publicada en *Cuna de América*, Santo Domingo.



Frente a las "Palisades" del Hudson

El cielo de otoño, do van confundidos
el gris de las nieblas y el diáfano azul,
palidece apenas en vago crepúsculo,
del sol decadente a la mustia luz.

La tarde está pálida. El viento muy leve
apenas agita el paisaje otoñal:
en una ribera, los verdes peñascos,
en otra, callada, la inmensa ciudad.

Las aguas tranquilas del río reflejan
azules y pálidos el cielo otoñal;
y viajan muy lentas entre ambas orillas
las velas blanquísimas del sportive yacht.

El viento dormita. El yacht se detiene:
sus velas reciben del astro la luz.
Delante del barco la lumbre riela
un surco de oro en campo de azul.

Nueva York, octubre 1903.

Publicada en *Cuba Literaria*, Santiago de Cuba.



VI
Galantes

Galantes



Tropical

En el álbum de la cubana Margarita Rodríguez

Hay en tus castos ojos soñadores
luz como del trópico esplendente
que esparce con sus rayos bienhechores
vida y placeres y alegría ardiente.

Y, cual flotante y mística aureola,
los rizos de tu oscura cabellera
tu faz gentil circundan, que arrebola
la luz de un alma virginal, sincera.

en tu gracioso andar, vive i palpita
el ritmo de las danzas de tu tierra,
el ritmo de la palma que se agita
mecida por el viento de la sierra.

Si pasas, piensa que ideal floresta
te brinda tiernas y fragantes flores,
y una invisible y encantada orquesta
preludia la canción de los amores.

Nueva York, agosto 12, 1902.



En el álbum de la Srta. Aida Pujols
(Santiago de Cuba)

Entras sonriendo al campo de la vida;
te saludan las flores tus hermanas;
la luz del sol te besa; y a tu paso
¡Salve, Regina! el soñador esclavo!

Habana, noviembre 8 de [¿1902?]



Postales

I

A la Srta. Dolores J. Dijarria, Santo Domingo.
(Postal representando una niña disfrazada de Urania)

A la helénica musa remedando,
esta infantil Urania aquí alardea.
¡Tú no remedas, te proclaman diosa
a par la juventud y la belleza,
y eres, altiva en pedestal de gracia,
la musa inspiradora del poeta!

Nueva York, julio 1903.



II

A la Srta. Celina América Pérez, Santo Domingo.
(Cuatro postales representando un idilio sideral)

1.

Amor que todo lo imposible vence,
ha puesto hasta la luna una escalera.
Qué sorprendida la señora Luna!
Nunca su amado el Sol llegó tan cerca.

2.

Sentados en la barba de la Luna,
a la esquiva el galán de amor requiebra.
La Luna les observa tolerante,
como señora ducha en la materia.

3.

La esquiva cede, y con amor palpita
cuando besa el galán su mano trémula.
La Luna se sonríe, no pensando
que mucho el par sobre su barba pesa.

4.

Se ha partido la barba de la Luna.
Por los espacios el amante rueda.
Llora la luna. ¿Llora por el joven,
o es su barba no más lo que le apena?

Nueva York, septiembre 1903.



III

A la Srta. Altagracia B. Peguero, Santo Domingo.
(Postal representando una niña con flores)

¡Oh cándida niñez arrobadora,
entras sonriendo al campo de la vida,
y contemplas las galas de la aurora
que rompe en la pradera florecida!

Nueva York, septiembre 1903.



IV

A la Srta. Sara López de Riera Palmer, Mayagüez, Puerto Rico.

Es, señora, la humana simpatía
golondrina viajera
que, huyendo de las nieves y las brumas,
salva el piélago azul, monte de espumas,
en busca de la mágica pradera
donde halago es la luz y amor el día.

Debe la poesía
a vos, alma gentil de primavera,
el eco de mi ardiente simpatía.

Nueva York, septiembre 1903.

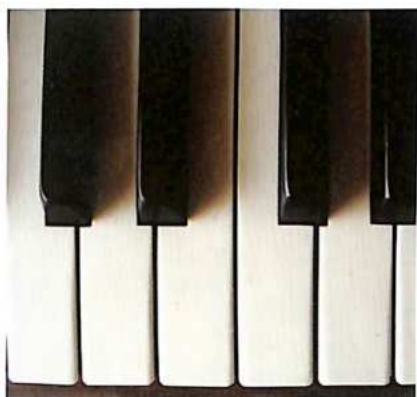


V

*A la Srta. Stella de Castro, Santo Domingo.
(Escena explicada)*

Mientras duerme soñando la belleza,
no sabe que en el bosque se levantan
turbios vapores, agoreras aves,
sátiros que contéplanla con ansia
¡Ay! si despierta el dorado sueño
verá que el bosque es una peña árida,
que no hay principios bellos y arrogantes
sino lascivos faunos que le aguardan!

Nueva York, octubre 1903.



VI

A la Srta. Consuelo de Castro, Santo Domingo.
(Música moderna)

El alma triste, cual corriente oculta
de muertas aguas, gime entre las sombras:
su incógnito dolor canta en el blando
nocturno de Chopin, vibra en la Erótica
de Grieg, sueña a Brahms en el Adagio,
o a la noche con Schumann interroga.

El alma pasional, violento río,
en campos luminosos se desborda:
ruge celosa con Otelo, ríe
con el payaso, mata con la Tosca,
con Isolda y Tristán de amor se embriaga,
con la Valkiria espléndida se inmola.

Nueva York, octubre 1903.

Publicada en *La Cuna de América*, Santo Domingo.



VII

*A Enriqueta Elena Ellis, Santo Domingo.
(Ante la Beatriz de Rossetti)*

¡Oh celeste Beatriz! Dante suspira
contemplando en la sombra su belleza,
la luz paradisiaca la ilumina,
idealizando su inmortal tristeza;
y de los soñadores la plegaria
a ella va, cual tributo a su pureza.

Nueva York, diciembre 1903.



VIII

A la Srta. Edelmira Pou, Santo Domingo.

Aunque bravo y audaz el hombre sea,
en materias de amor se siente chico,
y contempla a la dama en las alturas,
pendiente del girar de su abanico.

Edelmira Pou



IX

A la Srta. Julia Caridad Pou, Santo Domingo.

Es la belleza flor fragante y rica
que ostenta sus espléndidos colores
a la lumbre del sol, y ¡mientras dura!
emula sus excelsos resplandores.

Nueva York, diciembre 1903.

Julia Caridad Pou



X

*A la Srta. Gloria Ricart y Pierret, Nueva York.
(Postal representando dos vírgenes griegas)*

Como la vida de la griega virgen,
entre jardines bajo azules cielos,
deslícese tu vida placentera,
en el jardín celeste del ensueño.

La Habana, marzo 22, 1904.

Handwritten signature in cursive script, likely the author's name, appearing in the bottom right corner of the page.



XI

A la Srta. Aimée León, Santo Domingo.

¡Oh grácil princesita de la gracia,
no hai panal cual tus lindos labios rojos,
no hai luz de esplendorosa poesía
que no fulgure en tus divinos ojos!

La Habana, abril 9, 1904.



XII

*A mi hermana Camila Henríquez Ureña, Santo Domingo, al cumplir diez años.
(Postal representando una flor)*

Desde extranjera playa, hoy en tu día
te mando flor simbólica y radiante:
su brillo inmarcesible, hermana mía,
es como mi cariño fiel, constante.

La Habana, abril 9, 1904.



XIII

A la Srta. Oliveta Calero, Santo Domingo.

La inquieta, soñadora fantasía,
vuela como incansable procelaria
que busca en la extensión del océano
la tierra prometida y deseada.
Mas cuando la obstinada viajadora
la ribera tocó con qué soñaba?

La Habana, abril 25, 1904.



XIV

A la Srta. Dilia M. Pittalugo, Santo Domingo.

La juventud es virgen heroína
segura de vencer en la batalla,
porque lleva cual arma el entusiasmo
y en provisión perpetua, la esperanza.

La Habana, abril 25, 1904.

Handwritten signature or text in cursive script, partially visible on the right edge of the page.



XV

A la Srta. Angélica Lima, San Antonio de los Baños, Cuba.

Diosa, al marmóreo templo en que fulguras
aporta cada soñador su ofrenda:
nuestro culto es ferviente simpatía,
tu atributo divino la belleza.

La Habana, abril 26, 1904.



XVI

A la Srta. Blanca Hierro, Habana.

¡Oh princesa! En mi mágico sueño
te había visto: eras rosa de luz
en el áureo jardín del ensueño,
alba rosa de cáliz risueño
bajo el cielo glorioso de azul.

Soñadora: en el alba brillante
te soñé, mariposa de amor,
-niveas alas de seda joyante-
mensajera gozosa y radiante
de los regios amores del sol.

La Habana, abril 20, 1904.



XVII

*A la Señorita Clemencia Gómez Toro, Habana.
(Paisaje crepuscular)*

Hora sublime, el nocturnal crepúsculo,
llena de extraña y funeral belleza,
en que la mente soñadora fingese
declinar con la gran naturaleza.

La Habana, abril 21, 1904.



XVIII

*A la Srta. Altagracia García Saviñón, New York.
(Postal de marionetas)*

En la comedia humana
somos cual marionetas:
una invisible mano nos empuja
y no sabemos ¡ay! donde nos lleva

La Habana, abril 29, 1904.



XIX

A la Srta. Elpidia García Saviñón, Nueva York.
(Postal representando una virgen griega mirándose en un
espejo).

¿Qué mira en el espejo
la inocente doncella?
Al contemplar sus gracias juveniles
le asombra el gran misterio la belleza.

La Habana, abril 29, 1904.



XX

A mi primo Enrique Ap. Henríquez, Santo Domingo.
(La obertura de Iris de Mascagni)

El lejano horizonte palidece
con las caricias del albor primero:
crece la luz: las sombras de la noche
huyen fugaces: en el claro cielo
brilla el azul tenuísimo: el oriente
prende en llamas rojizas vasto incendio
que avívase en instantes: la campiña
despierta y canta: círculo de fuego,
el sol sobre las nubes se dibuja;
alza la tierra en regocijo espléndido
himno de gloria, y majestuoso el astro
entra triunfante en su eternal imperio!

La Habana, mayo 3, 1904.



XXI

A la Srta. Cristiana Romero, Azua.

Mis saludos en sus alas la poesía
leve hasta ti, gentil inspiradora,
que irradas como el sol del mediodía
que fulgura en tu silla encantadora.

La Habana, junio 20, 1904.



XXII

A la Srta. Margarita Gómez Toro, La Habana.
(En su cumpleaños)

Como reina de bandada bulliciosa
yo te he visto, derramando gentileza,
como alada, como inquieta mariposa
de un enjambre de mirífica belleza.

Vive siempre, con la gloria de tus sueños,
aspirando la fragancia de las rosas,
como reina, en el jardín de los ensueños,
de la turba de ideales mariposas.

La Habana, junio 10, 1904.



XXIII

A la Srta. María Luisa Kidd, Macorís del Este.

A tu sonriente y vívida hermosura
todo en admiración le brinda flores:
el bosque te tributa blancos lirios,
la juventud sus prístinos amores.

La Habana, julio 10, 1904.



XXIV

A la Srta. Ana Elpidia Batista, Azua.

Reina de la danza,
tus gracias son lumbre del sol de tu tierra,
emula tu cuerpo
la gallarda, la airosa palmera
que en el monte se mece muy lánguida
a los besos del aura ligera.

La Habana, julio 12, 1904.



XXV

(Contestación a otra postal)

No intentes con tu pérfido sarcasmo
el fuego de mis ansias apagar,
que mi amor, como el fénix legendario,
se alza de sus cenizas más vivaz.

La Habana, octubre 7, 1904.

[Faint, large, stylized cursive handwriting, likely a signature or postmark, visible on the left side of the page.]



XXVI

A la Srta. Altagracia Sturla, Santo Domingo.
(Interpretando una postal)

Niña hermosa de lánguidos ojos
que sonríen en plácido ensueño
¿ves quizás a tu amante soñado
que se acerca en esquite ligero?

La Habana, noviembre 3, 1904.



XXVII

A la Srta. Bertina Sturla, Santo Domingo.

Vuestra es la juventud, que es luz y gracia,
ensueños, risas, cánticos, poesía...
¿Qué más ansiar, si en perlas coronada
reináis en floreciente monarquía?

La Habana, noviembre 8, 1904.

[Faint, large, stylized signature or watermark in the bottom left corner.]



XXVIII

A la Srta. Flora Martínez (Santo Domingo), en Santiago de
Cuba.

La cándida virgen de cándidos velos
se mece soñando. ¿Son sueños de amor?
Cual a ella, se arrullen ¡oh niño! tus sueños,
sus velos te ciña la casta ilusión.

La Habana, noviembre 8, 1904.



XXIX

A la Srta. María González, Santo Domingo.

Cuando la humana estolidez nos hiera,
cuando destroza nuestro frágil sueño
con la acerada punta de sus dardos,
¡quién pudiera velar los tristes ojos
y refugiarse en silencioso olvido
en un bosque de adelfas y de nardos.

La Habana, abril 5, 1905.



XXX

A la Srta. Angelina Cavaiani Bianchi, Corrientes, Rep. Argentina.

¡Quién, surcando los piélagos ignotos,
viese huir, con la estela, sus dolores,
y hallara en nuevo clima otras mujeres
"otra patria, otro cielo y otros hombres".

La Habana, mayo 26, 1905.

[Faint, large, stylized cursive signature or watermark, possibly reading 'Angelina Cavaiani Bianchi']



XXXI

A la Srta. María López Goldarás, Habana.
(Postal en versos ingleses para una dama norteamericana,
amiga de D. Francisco Sellén)

Niña: al cruzar las sendas juveniles
nos fascina la magia del Ensueño.
Pero feliz quien hasta el fin escucha
su misterioso cántico hechicero!

La Habana, octubre 3, 1905.



Rebeca

(Del Rosmersholm, de Ibsen)

Vino del Setentrión, lejano y frío.
Hija del pueblo, fuerte cual su raza,
en Rosmersholm, la noble casa antigua,
sintió ferviente amor, apasionada.

De la vieja mansión el heredero
unió a las de ella sus ideas, su espíritu.

Pero su raza palpitaba en ella:
brotó en su pecho la pasión terrible,
sorda pasión por el ajeno esposo
que para los amores no era libre.

-Ya el amor de aquel hombre no era suyo-
tal a la triste esposa ella decía.
Y entre las ondas del veloz torrente
arrójase la esposa enloquecida.

¡Oh! ¿Qué fatal impulso la arrastraba
que no miraba su infernal mentira?
¡Era tan sólo la pasión! En ella
estalló cual los gases en la mina.

¡Libre estaba ahora él! De las ideas,
del progreso a las luchas, a la vida,
se abriría su espíritu encerrado
en el hogar de la mansión antigua.
De esa herencia letal que le abrumaba
ella el último resto destruiría.

Pero ¡qué triste el señorial dominio!
¡Qué triste la mansión! Allí -decían-
nadie en los niños vio jamás el llanto
ni en la faz de los hombres la sonrisa;
y cuando amenazaba la desgracia,
en la noche sin luz aparecía
grupo siniestro de caballos blancos,
precursores de muerte, luto y ruina.

¡Ahí! que murieron en el pecho de ella,
junto con la pasión, las alegorías.
Esa de Rosmersholm era la obra:
ennoblecer, pero matar la dicha.

Y al fin llegó la hora de la lucha;
lanzóse él a la contienda brava,

y en el primer embate cayó a tierra
herido por las voces de la infamia.

Fue en busca de refugio al alma de ella,
y supo que en el fondo de su alma
bajo del casto amor de los espíritus
había vivido la pasión callada.

¡Duda tan cruel! ¿Pasión vulgar, innoble,
acaso aún su corazón guardaba?
¿Estaba muerto el germen para siempre
o acaso todavía dormitara?
¿Su espíritu estaría ennoblecido
o acaso por el cieno se arrastraba?

¡Oh, qué horrible tortura, qué martirio,
ver que de sus palabras él dudara!
Y los dos en el rápido tormento,
donde un día la esposa se arrojara,
lanzáronse a buscar la fe en sí mismos.
Y en la noche sin luz, negra, enlutada,
aparecieron los caballos blancos,
precursores de muerte y de desgracia!

Santo Domingo, diciembre 1900.



Todo lo que pasa es bello

A Rosa Anders Causse

Un resplandor de aurora te anunciaba.
Y en el trino del ave Poesía
un júbilo mirífico estallaba:
la aparición del astro predecía.

Y fue un meridional deslumbramiento.
Toda se conmovió la selva agreste.
Sonar el alma absorta oyó en el viento
una cantiga lírica y celeste.

Recogida en fervor, y temerosa,
osó mirar al cielo el alma mía:
¡oh visión inmortal de oro y de rosa
nunca soñada por la fantasía!

Si, sobre el sol hermosa, estrella rara:
toda la luz del sol, más dulce y pura;
la piedad de Selene cuando ampara
de los amantes tristes la tristura.

¡Ay! cuando más absorta se extasiaba
sintió mi alma ensombrecerse el cielo:
raudo, fugaz, el astro se alejaba.
Reinó la noche: el insondable duelo.

¿Fuiste un astro fugaz? ¿Una quimera?
Con la mirada en el confín distante,
tímida suplicando, mi alma espera,
que surja una vez más el astro errante!

La Habana, octubre 24, 1905.



Escorzos

I

Adelina Patti

Como vive en los siglos la leyenda
del arte griego, la perenne magia
que aún en sus rotas, desoladas ruinas
suspende el pensamiento y le entusiasma,

Tal viaja por los años tu grandeza,
diosa del canto y de la escena maga,
y corren los asombros de tus triunfos
en el carro fulgente de la fama.

Tal se finge la absorta fantasía
tu voz, -diamante, lirio, seda, nácar-
tus glorias de Rosina y de Violeta.

Mas hoy, si a ti se acerca, toda en ansias,
llora la admiración al contemplarte,
triste ruina, doliente, desolada...!



II

Marcella Sembrich

Es el triunfo sonoro de tus arias
rival de la melódica floresta
donde impera en su trono de esmeralda,
monarca de los trinos, Filomela.

A la gracia vivaz y luminosa
con que animas la clásica comedia
¡oh compatriota de Chopin! adunas
dulces melancolías de bohemia.

La cascada de perlas de tus trinos,
tus cavatinas lánguidas y lentas,
rememoran antiguos esplendores,
glorias fugaces de lejana época:
el genio de Mozart canta en tu canto
sus divinales notas postrimeras!



III

Lillian Nordica

En la gloria divina de tu canto
palpita un alma melodiosa y tierna:
el alma, toda luces y dulzuras,
del arte ensoñador de Italia y Grecia.

En la urna radiante de tu pecho
prende su sacro fuego la tragedia:
la llama de heroísmo y de amores
de la magna teutónica leyenda.

Cuando encarnas de Wagner las creaciones
en gracia y en pasión, sobre la escena,
de tu genio evocadas al conjuro,
miríficas se abrazan y conciertan
la sublime alma trágica del Norte
y el alma soñadora de la Grecia.

La Habana, 1904.

Publicados en *Cuba Musical*, La Habana.





Néstor E. Rodríguez

Nació en La Romana, República Dominicana, en 1971. Realizó sus estudios en las Universidades de Puerto Rico y Emory (Atlanta), en donde se doctoró en literatura latinoamericana. Es autor de *Escrituras de desencuentro en la República Dominicana (Siglo XXI, 2005)*, estudio galardonado con el Premio al Pensamiento Caribeño 2004 en México, y *La isla y su envés: representaciones de lo nacional en el ensayo dominicano* (Instituto de Cultura Puertorriqueña, 2003), con el cual obtuvo el Premio Concha Meléndez de Crítica Literaria en San Juan. Es profesor de literatura caribeña en la Universidad de Toronto, Canadá.



пн етл р ео
е го н етл р ео
тл р ео н етл р ео
пн етл р ео н етл р ео
пн етл р ео н етл р ео
пн етл р ео н етл р ео

